48

LA NOCHE

DE LA

TEMPESTAD.

Pieza en un acto.

POR

Pascual Riesgo.

HABANA.

Imprenta de don Ramon Oliva.

1844.

Personages.	**Actores.**
JUANA	*Sra. Corcuera.*
CONCHA	*Sra. Espinosa.*
LUISA	*Sra. Latorre.*
RAMON	*Sr. Guia.*
ANTONIO	*Sr. Iglesias.*
VICENTE	*Sr. Fabre.*

ACTO UNICO.

Sala decentemente amueblada. A la derecha del actor dos puertas que comunican con los aposentos de Concha y Luisa; á la izquierda otras dos, que son los de Juana y Ramon. En el centro de la escena una mesita redonda, sobre la que hay un quinqué encendido, un candelero con su vela apagada y un vaso grande de cristal ó porcelana, con mariposa encendida.

ESCENA I.

Juana, Concha, Luisa, Ramon.

Cerca de la mesita está sentada Juana, leyendo en un libro; Ramon á su lado, casi tendido en una butaca antigua. A la derecha, á cierta distancia, Concha y Luisa sentadas, la primera distraida: la segunda pegando una guarnicion en un vestido. Llueve y silva el viento.

Luisa. (*A su hermana.*)—Por fin acabé la tal guarnicion, me ha tenido entretenida cerca de tres horas, desde que oscureció, y ya empezaba a fastidiarme. Además, me parece que es tarde, y á mamá no la gusta que trabajemos de noche. ¿Verdad, Concha?

Concha. (*distraida*).—Sí.

Luisa.—Pero, como dijo Breton, á casos estraordinarios, medidas estraordinarias; es necesario aprovechar el tiempo, porque no hay mucho que perder; la funcion será mañana sin falta, aunque llueva, segun ha dicho

717765

Vicente. ¿No lo dijo así esta tarde?

Concha.—Sí, esta tarde.

Luisa.—De lo que me alegro, porque cesará la lluvia, y a pesar de esto Santa Cecilia estará concurridísima.

Concha.—Sí, sí, muy concurrida.

Luisa.—Pero me olvido que ahora no debo llamarla así, sinó Liceo Artístico y Literario; algo nos ha de costar, mas al fin, iremos acostumbrándonos.

Concha.—Habla bajo: mamá está leyendo y sabes que se disgusta cuando la distraen.

Luisa.—Es verdad: digo que estará Santa Cecilia muy animada, porque hay mucho afan por el Liceo; yo tengo comprometidas las tres primeras danzas; la primera y la tercera con Domingo: la segunda con Luis, que bien lo siento.

Concha.—¿Lo sientes?

Luisa.—Sí, porque debia bailarla tambien con Domingo; nos llevamos mucho mejor y no es tan pesado como Luis. Y tú ¿no tienes comprometida ninguna?

Concha.—Ninguna.

Luisa. (*Con malicia*).—Es estraño: ¿nadie te ha pedido la primera?

Concha.—Nadie.

Luisa.—¿Y no bailarás?

Concha.—No.

Luisa.—¿Y si don Ambrosio se empeñara en que bailases con él?

Concha.—No bailaría.

RBC NcU

Luisa.—Y harias bien, porque baila muy mal, pero mamá te lo mandaría, y en ese caso....

Concha.—En ese caso.... ¡Ah, Dios mio!

Luisa.—Vamos, no hay que afligirse por eso; don Ambrosio te quiere sinceramente, y no creo que el baile sea una circunstancia indispensable para que un hombre pueda hacer feliz a una muger.

Concha.—¡Luisa! (*con de reconvencion.*)

Luisa.—Es la verdad, y bien merece el que vá a ser tu esposo que si exijiera de tí un sacrificio tan pequeño le complacieses.

Concha.—¿Mi esposo? ¡Nunca!

Luisa.—Nunca, hasta el lúnes por la mañana ¿no es esto? ¡Qué feliz vas a ser! Es jóven aun, rico y generoso; vivireis en una casa grande, y te pondrá dos carruages.

Concha.—¡Ah!

Luisa.—Si no fuera por él, mañana no iriamos al Liceo, porque ¡cómo os habiais de casar el domingo...! Ya ves que debemos agradecerle ese dia de felicidad que ha sacrificado a un capricho mio.

Concha.—Sí.... ciertamente.

Luisa.—En el fondo es un buen hombre y cuando mamà se empeña en que te cases con él, será porque te conviene.

Concha.—Le aborrezco; es un necio.

Luisa.—¡Concha, Concha!

Concha.—¡A! ¡Sufro tanto!

Luisa.—Mira: papá nos observa y sin duda

comprende algo de lo que hablamos.

Concha.—¿Papá? El era mi única esperanza, porque me ama mucho, pero ya solo espero en Dios y en la muerte.

Luisa.—¿Romántica tambien? Já, já, já; me causas risa: tu desesperacion se parece algo a la de las heroinas de novela; con el tiempo se pasará, y conocerás que solo querian tu bien los que te aconsejaban este casamiento. Seràs rica, y el lujo te lo hará olvidar todo, hasta las dulces palabras de Ambrosio.

Concha. (*Asustada.*)—Luisa, calla.

Juana. (*Dejando el libro sobre la mesa y levantándose.*)—Decididamente no podeis guardar silencio un momento; niñas mas amigas de conversar no las conozco. Luisa: recoge todo eso y a acostarse, que es tarde y la noche está mas a propósito para dormir que para pegar guarniciones.

Luisa.—Como mañana tengo que concluir el traje, quise adelantar ahora y....

Juana.—Está bien: ¿creeis que habrá funcion con este tiempo tan cruel?

Luisa.—Vicente nos dijo que aunque lloviese no se suspenderia.

Juana.—Pero esto no es llover: es una tempestad; ¿no oís como ruge el viento? Vamos, niñas, recogerse y cerrar bien las puertas de las ventanas. Está la noche terrible.

Luisa. [*Cogiendo el vestido.*]—Me parecía que era aun temprano, mamá.

Ramon [*Sacando el reloj.*]—Son las diez.

Luisa.—¡Como aun no ha venido Vicente!

Juana.—Puede ser que no venga y hará muy bien, porque este agua y este viento me asustan; no se siente carruage ninguno, y si viniera a pié le reprendería.

Ramon.—Ya le he dicho yo que si alguna noche llueve mucho y está en casa de su tio, que se quede a dormir allá, porque en el aposento de su primo Joaquin hay siempre un catre para él.

Juana.—Pues has hecho muy mal en decir eso; todos saben que lleva relaciones con Chucha, y nunca es bueno dar pábulo a la murmuracion.

Ramon.—¿Con Chucha? ¡Vá! cosas de primos y nada mas.

Juana.—Te digo que son relaciones formales, y en diciendolo yo se me debe creer.

Ramon.—Pero, Juana....

Juana.—Calla; siempre has de ser mi espíritu de contradicion.

Ramon.—Dí mas bien que tú....

Juana.—Te he dicho que calles, Ramon; vosotras a acostarse.

Ramon.—Callar, porque contigo....

Luisa.—Hasta mañana, papá.

Ramon.—Adios, hija, adios.

Luisa.—Mamá, buenas noches.

Juana.—Buenas noches, Luisa; cuidado con el viento: ya sabes que el norte te hace daño.

Luisa.—Bien mamá. [*Vase por la primera puerta de los bastidores de la derecha.*]

ESCENA II.

Juana, Concha, Ramon.

Juana.—¿No has oido, Concha? Vete a acostar y que descanses: tengo que hablar con papá.

Concha.—Buenas noches. [*Hace que se vá.*]

Juana.—Ven acá, dame un beso. (*Mirándola al rostro.*) ¿Qué es eso? ¿Lloras? ¿Acabaremos de una vez? ¿Qué es lo que tienes?

Ramon.—Bien te decia yo que....

Juana.—Calla: no es necesaria aquí tu intervencion. ¿Cuál es la causa de ese llanto? Necesito una contestacion ¿entiendes?

Concha.—La de siempre, mamá.

Juana.—Esplícate: aborrezco las medias palabras.

Concha.—¡Ah!

Juana.—Se ha tratado de ir al Liceo y no has desplegado tus labios; ha mandado Mad. Ducas el vestido que para esa funcion te ha regalado don Ambrosio y ni siquiera le has mirado: ¡siempre con la cabeza baja, siempre triste! Acabarás por fastidiarme y entonces....

Ramon.—Bien decia yo que....

Juana.—¿No te he dicho que calles? Habla tú, niña: ¿por qué lloras?

Concha.—Por nada, mamà.

Juana.—No, no; esa tristeza continua me incomoda, y si la causa alguna tontería.... Ya te he dicho que es necesario olvidar a

Antonio ¿lo has entendido? y veamos si he de ser obedecida.

Concha.—Eso es imposible mamá.

Ramon.—Cuando yo decía que la niña....

Juana.—Ramon, calla y no me impacientes mas. Imposible, ó no, señorita, tendrá usted que olvidarle, porque el lúnes por la mañana se hará el matrimonio.

Concha.—No, mamà, no.

Juana.—¡Insolente! ¿qué modo de contestarme es ese? He dado mi palabra y se ha de cumplir, porque ya está todo pronto: veremos quien manda en mi familia. Don Ambrosio te ha hecho varios regalos y por tí ó por mí en tu nombre, han sido admitidos, y ya no se puede retroceder. ¡Cuidado conmigo!

Concha.—¡Ah, ah! (*Llorando.*)

Juana.—Y no demos una campanada, un escándalo, porque no me gustan las novelas mas que impresas.

Ramon.—Pero.... ¿y si la niña....

Juana.—Calla, calla: en mi casa no hay mas amo que yo; en mis hijos nadie manda mas que su madre, y esta señorita hará lo que yo quiera.

Concha.—Menos casarme con don Ambrosio, mamá.

Juana.—Si me vuelves a decir eso, hago contigo un escarmiento. ¡Atrevida! ¡Desobediente! Esa boda se ha de hacer, porque yo lo quiero, yo lo mando.

Concha.—Es que, mamá, la que se vá a casar soy yo.

Ramon.—Niña, niña....

Juana.—¡Ah, perversa, mala hija! ¡Decirme tales palabras despues que no deseo mas que su bien, su felicidad? ¡Sois una familia de ingratos!

Ramon.—Pero, Juana.....

Juana.—¡Silencio! Señorita, marche usted a acostarse, pronto; si mañana no quiere usted ir al Liceo se quedará en casa, pero yo me quedaré tambien, y nos hará compañía a las dos su futuro marido.

Concha.—¿Don Ambrosio?

Juana.—El mismo, quiero que este casamiento se verifique, y cuidado con el que se me oponga.

Concha.—Es que no amo a ese hombre.

Juana.—Ya le amarás cuando esteis casados.

Concha.—Es que le aborrezco.

Juana.—Basta, basta: no quiero oir mas: la noche está cruel; a acostarse, que el sueño destierra los malos pensamientos.

Concha.—Es que.... mamá.... bien sabe usted cuanto amo a Antonio, y que quiere tambien casarse conmigo.

Juana.—Silencio, trasto: eso es cosa de niños: Antonio comparado con don Ambrosio es un infeliz: no tiene mas que un triste cafetal, que no le produce lo necesario para mantenerse, lo que el otro tiene una caja bien provista y ocho hermosas casas en la Ha-

bana. Si no fueras tan necia, estarias regocijada por la felicidad que te espera. Que se lo hubieran propuesto a tu hermana Luisa, y verias como recibia la noticia!

Concha.—¡Ojalá, Dios mio!

Juana.—Pero don Ambrosio te ama a tí y no á ella, con que es preciso que se conformen todos, y no hay mas que hablar de esto. Dos dias faltan: tiene ya la casa amueblada, los regalos comprados,.... está dicho: retroceder es imposible, y como él llegase a conocer que estás triste por su causa, como tuviera siquiera una sospecha, en tu vida me volvias a mirar a la cara.

Ramon.—Juana....Vamos....Juana.

Juana.—Calla tú; quíteseme usted de aquí; señorita; es usted una niña ignorante y caprichosa, y a mí me toca impedir que haga una trastada, puesto que soy su madre. Repito a usted que nos deje solos ¿lo oye Vd?

Concha.—Me voy, mamá [*aparte.*] ¡Dios mio! Ya no hay esperanza! Perdon, señor, perdon, [*acercandose á su padre.*] Buenas noches, papá: (*abrazandole.*) Adios, y ruegue usted al cielo por su pobre hija.

Ramon.—No hay que desconsolarse, Concha, que yo haré....

Juana. Tú callarás.

Ramon.—Pero, Juana, nunca me dejas....

Juana.—No te dejo hablar, porque disparatas y siempre eres perjudicial. Niña, acabemos.

Concha. [*Llorosa.*] —Déjeme usted abrazarla,

mamá, (*lo hace: aparte.*) Ahora sea lo que Dios quiera: el cielo ha dispuesto así las cosas. (*alto.*) Buenas noches, adios, adios.

Ramon.—Buenas noches, Concha.

Juana. (*con severidad.*) Buenas noches.

ESCENA III.

Juana, Ramon.

Juana.—Al fin estamos solos.

Ramon.—Sí: yo tengo frio; el Norte y el agua me hacen mal; la noche está espantosa.

Juana.—No importa: tenemos que hablar.

Ramon.—Si te parece puedes dejarlo para mañana, porque la hora es demasiado abanzada, y quisiera acostarme. Te digo que tengo frio y han dado las diez, conque.... [*hace que se levanta.*]

Juana.—Y yo repito que tenemos que hablar y ha de ser ahora mismo.

Ramon.—Pero, muger....

Juana.—Obedece y calla: yo lo quiero así...

Ramon.—Pero....

Juana.—Yo lo mando.

Ramon.—Vamos, si tú lo mandas, ya es otra cosa; en diciendo tú "yo lo mando" no hay mas remedio que obedecer. En esta casa soy yo un cero á la izquierda.

Juana.—No es necesario que seas otra cosa.

Ramon.—Bien, bien, lo que tú quieras; por la paz doméstica hago todos estos sacrificios, y jamás se me agradece nada.

Juana.—Si alguno tiene aquí que agradecer, seguramente que de los dos no es la muger, sino el marido. Me parece que cuando nos casamos tú viniste al santo matrimonio con tu casaca nueva, tu pantalon blanco, tu relox y nada mas, mientras que yo....

Ramon.—¡Juana! ¡Juana!

Juana.—Mientras que yo traje lo poco que hay en casa.

Ramon.—Eres capaz de acabar con la paciencia de un santo. Eres insufrible.

Juana.—Ahora no quiero ser mas que escuchada y obedecida.

Ramon.—Bien: habla: siempre has de quedar triunfante,

Juana.—El lúnes por la mañana, a las seis, se casarán en la iglesia del Cristo Concha y D. Ambrosio, y desde la iglesia nos iremos todos al cafetal.

Ramon.—¿Todos?

Juana.—Sí: los novios, los padrinos, Vicente, Luisa y yo.

Ramon.—¡Ya! como decias *todos*. ¿Y yo?

Juana.—Te quedarás en casa por lo que pueda ocurrir.

Ramon.—¿Y no iré a ver casar a mi hija?

Juana.—No es necesario.

Ramon.—Pues quiero ir.

Juana.—No irás: yo lo mando.

Ramon.—¡Yo lo mando, yo lo mando! Mira, Juana, que el sufrimiento tiene sus límites, y que alguna vez puedo acordarme que soy

aquí el marido, el padre de mis hijos, puedo olvidar todos mis propósitos, y entonces no sé lo que haré.

Juana.—Te desafio a que dés un paso semejante.

Ramon.—Bien sabes que no lo haré, porque medito siempre antes de obrar. Juana: te *suplico* ¿entiendes? te suplico que me *permitas* asistir al casamiento de mi hija.

Juana.—Veremos, pero desde la iglesia volverás á casa, pues todos no podemos ir al campo.

Ramon.—Bien: ahora dí lo que tenias que comunicarme, porque me quiero acostar. Ese viento, ese viento....

Juana.—Nada, ó poco menos; quiero pedirte tu consentimiento al matrimonio de Concha; no lo he hecho antes porque como es a mi gusto, he creido que siempre era tiempo de dar este paso.

Ramon (irónico).—Y has creido muy bien: para tí soy el último de la familia, el último a quien has debido consultar en esta circunstancia. Es verdad que desde que nos casamos me trataste siempre así, porque, como antes has dicho yo no tenia mas que mi casaca negra, mi pantalon blanco y mi relox, pero olvidaste añadir que te amaba con todo mi corazon, que creí ser amado del mismo modo, y que sinó jamás hubiera accedido a tus instancias y a las de tus padres para que nos casáramos.

Juana.—Bien, bien: déjate de todo eso, porque me da sueño recordar vejeces. Lo que ahora necesito es tu consentimiento a este matrimonio, y si no quieres darle, tan conforme: no por eso dejará de verificarse.

amon.—¡Demasiado verdaderas son esas crueles palabras! ¡Hé aquí, Juana, el resultado de un matrimonio en que la esposa es rica, en que el esposo es pobre! Pasada la luna de miel, aquella echa a este en rostro su miseria y se mofa de su amor, erigiéndose en su tirano, cuando el esposo es débil ó reflexiona, como yo hago, que los hijos son el reflejo de los padres, y que delante de ellos es necesario contenerse para no dar a cada momento un escándalo. Tú eres la única señora en esta casa; tú me has señalado el último lugar en mi familia, me has rebajado a mis propios ojos y a los de mis hijos, que no me respetan por tu causa, porque delante de ellos te has atrevido a imponerme silencio. Juana, Juana: esto es indigno, y no se ha pasado un solo dia de mi vida sin arrepentirme de haber unido mi suerte a la de una muger mas rica que yo.

Juana.—¿Acabaste?

R*amon.*—No, aun no he acabado, aun tengo que decirte que vas a hacer la desgracia de mi hija como has hecho la mia; que Concha ama a Antonio con solo un cafetal, y aborrece a D. Ambrosio con todas sus riquezas, y que su desesperacion puede llevarla al

sepulcro, y al descender a él acaso maldiga a su propia madre. Ahora ya no tengo nada que decirte, ni quiero oir mas palabra sobre ese proyecto. Reflexiona sobre las mías, y ya que en mi casa no soy nadie, la responsabilidad de esa union pesarà solamente sobre tu cabeza (*vase: la puerta del aposento de Concha se ha entreabierto.*)

ESCENA IV.

Juana.

Bien: admito esa responsabilidad que te parece tan terrible, hombre tímido y demasiado previsor; duerme tranquilo como yo dormiré, porque sé que con el tiempo ese matrimonio hará la felicidad de nuestra hija y la de toda la familia. Su pasion de novela se acabará, y el lujo que proporcionan las riquezas sofocará hasta el mas pequeño pensamiento de ese amor insensato. El viento y la lluvia arrecian cada vez mas, segun la noche vá avanzando: es una verdadera tempestad. Vicente ha hecho muy bien en quedarse con su primo, y, puesto que no vendrá, cerraré, que es hora de descansar. ¡Dios tenga piedad de los pobres navegantes! (*Corre el cerrojo de la puerta del fondo; luego apaga el quinqué, enciende una vela en el vaso de la lamparilla y entra en su aposento: la tempestad arrecia.*)

ESCENA V.

Concha, saliendo.

¡Ah! ¡Todo lo he oido! No me queda esperanza ninguna, ninguna. Pues bien: ya no titubeo, no, porque me asusta esa desgracia eterna que me proponen. ¿Su esposa? ¡Nunca! ¡Dios mio! Voy a llamar a mamá, la suplicaré de nuevo, de rodillas, lloraré tanto que al fin se hablandará....! ¡Ah, no, no! Todo será en vano: es inflexible: la conozco bien: cree hacer mi dicha, y no sabe que es mi muerte lo que quiere.... ¡Ah, mamá, mamá!... (*Dan dos golpes á la puerta del fondo.*) ¡Dios mio! Ya está aquí. ¿Será él? Valor, valor, porque el lúnes....no.... vamos. (*Descorre precipitadamente el cerrojo, abre la puerta y aparece Antonio; en este breve tiempo el sereno canta á lo lejos: "Las diez y media y lloviendo."*)

ESCENA VI.

Concha, Antonio.

Antonio. (*Abrazándola.*)—¡Concha mia!

Concha.—¡Antonio, Antonio!

Antonio.—Aquí estoy ya: puntual a la cita; Roque me abrió al momento, segun teniamos convenido. Todo está dispuesto y el quitrin espera. Ven.

Concha.—¡Oh, Dios mio, Dios mio!

Antonio.—Hoy, a pesar del mal tiempo, saqué el pasaporte segun habiamos convenido, y mañana saldremos para New-York.

Concha.—¡Mañana! ¿No oyes bramar la tormenta?

Antonio.—Esta noche calmará, ven: no tenemos tiempo que perder.

Concha.—Sí, sí, pero es que ahora tiemblo, no me atrevo; esta accion es culpable, y la cólera del cielo cae sobre la hija desobediente que abandona la casa paterna.

Antonio.—Desecha esos pensamientos, y recuerda que en vez de una madre tierna y amorosa tienes un tirano.

Concha. (*Sollozando.*) – ¡Ah, ah!

Antonio.—No llores así, bien mio: pueden oirte y todo se perdería, y el lúnes, ese dia maldito llegará demasiado pronto, y te llevarán a la iglesia, y....

Concha.—¡Antonio! ¡Por piedad!

Antonio.—Y te obligará tu madre misma a firmar la sentencia de tu muerte y nuestra desgracia eterna.

Concha.—¡Nunca, nunca!

Antonio.—Y luego, unida a ese hombre odioso.... Concha, amor mio, ven.

Concha.—Si, vamos, vamos.... Mamá, adios (*tendiendo los brazos al aposento de su madre,*) tu obstinacion me precipita, pero yo te perdono. Adios, papá.... ¡pobre papá! ¡Dios mio! ¡Luisa, Luisa....¡ah!

Antonio.—Ven, Concha, ven: ya no hay para

nosotros otra esperanza.

Concha.—¿Y mi hermano que no le he visto desde esta tarde? ¿Qué pensarán de mi todos? ¡Ay! ese viento, esa lluvia....la tempestad.....no, no.

Antonio.—¡Qué dices? ¿Deliras? Acuérdate de ese amor que me has jurado tantas veces; ya no debemos retroceder, no podemos, ven.

Concha.—¡Piedad!

Antonio.—Bien: quédate, pero esta noche mismo dejo de existir; lo juro por tu vida, Concha.

Concha.—Calla, calla: vamos.

Antonio.—Y luego, el domingo ó el lúnes, cuando quiera esa madre insensible y cruel, te arrastrarán al pié del altar y pondrán tu mano entre las de un hombre que no seré yo. (*Se oye el ruido de un carrague que para.*)

Concha.—Vamos: ya no titubeo. ¿Su esposa? Antes muerta.

Antonio.—Ven. (*Se dirijen á la puerta del fondo, y aparece en ella Vicente.*)

ESCENA VII.

Concha, Antonio, Vicente.

Vicente.—¡Deteneos!

Antonio.—¡Ah! ¡Vicente!

Concha.—¡Mi hermano!

Vicente.—¿Qué es esto? ¿Donde vais?

Antonio.—¡Silencio! Tu hermana es mi espo-

sa, y en este momento la llevo conmigo.

Vicente.—¿Tu esposa? ¿Deliras? Concha, habla, porque no comprendo....

Concha.—Es la verdad: le sigo.

Vicente.—¡Abandonar a tu familia! ¡Imposible!

Antonio.—Vicente: tú sabes como nos amamos y la oposicion injusta de tu madre y nuestra desgracia; el lúnes se debe verificar ese horrible casamiento, y entonces toda esperanza de felicidad desaparecerá para nosotros. Tú puedes salvarnos; déjanos abandonados a nuestro destino, porque sinó los dos moriremos, y tú serás la causa.

Vicente.—Enhorabuena; mi hermana no saldrá hoy de casa, en esta noche horrible....

Antonio.—Es que sinó somos perdidos....

Vicente.—Basta: no soy ningun insensato; sabeis que aprobaba vuestro amor, y que ese matrimonio es contra mi gusto, pero un escándalo semejante....Antonio: no quiero saber cómo has entrado hasta aquí a estas horas: solo te suplico que salgas en silencio; por una casualidad he sabido hace un momento que tenias un pasaporte para dos personas; he sospechado la verdad, y Dios me ha conducido aquí para impedir un crimen.

Antonio.—Vicente: mira lo que haces: calla ó nos perdemos todos. Estoy ya resuelto, desesperado.

Concha.—Antonio, por Dios.

Vicente.—¿Me amenazas? ¡Cuidado! Al menor grito mio despertarán todos los de casa, vendrá el sereno....

Antonio.—Eres un miserable, un vil cobarde, no tienes corazon.

Vicente.—Bien: en este momento no debo atender mas que al honor de mi familia. Concha, ven. (*La toma una mano, y la conduce á su aposento; al llegar á la puerta, Antonio se adelanta rápidamente por detrás, le dá con violencia en la espalda, y le hace caer dentro del aposento, soltando la mano de su hermana. Antonio cierra precipitadamente la puerta y toma la mano de Concha.*)

Vicente. (*Al caer.*)—¡Ah!

Antonio. (*Llevándose á Concha.*)—Vamos, vamos. (*La escena queda un momento sola*)

Vicente. (*Gritando desde dentro.*)—Miserable! ¡Socorro, socorro! (*Forcejeando en la puerta*)

ESCENA VIII.

Juana, Luisa. Ramon. [*Cada uno sale de su aposento; las dos primeras en bata blanca, y con una luz en la mano; el segundo en bata, gorro de dormir y con luz tambien.*]

Juana.—¡Qué ruido es este? ¿Qué gritos...?

Ramon.—Es la voz de Vicente.

Juana.—¿De mi hijo?

Vicente. (*Dentro.*)—¡Socorro, socorro!

Luisa.—En el aposento de Concha.

Juana.—¿El aquí, a estas horas? ¿No estaba en casa de su tio? ¿Cuándo ha venido?

Vicente.—¡Miserable! Socorro....

Juana. [*Corriendo á abrirle.*]—¡Hijo mio! ¿Qué es esto?

Vicente. (*Saliendo y corriendo á la puerta del fondo.*)—¡Dejadme! Por aquí, por aquí.

Juana.—¿Pero qué? Habla.

Vicente.—Antonio.... y Concha han huido. [*Sale corriendo.*]

Los tres.¡—Ah!

Juana.—¡Huido! ¡Con esta noche tan cruel! ¡Huido! ¡Los infames!

Ramon.—He aquí, Juana....

Juana.—¡Silencio! Nadie hable, nadie..... ¡oh! se escaparán, y todos mis proyectos quedan destruidos¡ Miserables, miserables!

Luisa.—Pero, mamá....

Juana.—Callad todos, ¿no he dicho que no quiero oir a nadie? ¡Si Vicente los alcanzara. Si volvieran! ¿Y es hija mia la que ha hecho esto? Pues bien: la maldicion de su madre caiga sobre ella.

Los dos. (*Aterrados.*)—¡Ah!

Juana. [*Con exaltacion.*]—Sí, hija desobediente y perversa, yo te maldigo. [*En este momento el viento silba con fuerza, y el ruido del agua arrecia. Ramon y Luisa cuen de rodillas alzando las manos al cielo y esclamando.*]

Ramon.—¡Perdonadla, Dios mio!

Luisa.—Piedad, señor, piedad.

Vicente [*Dentro, dando un grito.*]—¡Ah!

Juana.—Es la voz de mi hijo, es Vicente.

Vicente. [*Saliendo.*]—Mamá...¡Dios mio!... ¡Oh, Dios mio! [*Mojado y despeinado.*]

Juana.—¿Los encontraste? Habla, habla; se escaparán, pero si es cierto que la maldicion de un padre lleva la desgracia a la cabeza de un hijo culpable, esos infames no tendrán un momento de felicidad.

Vicente.—¿Qué quiere usted decir, mamá? Me estremezco de adivinar....

Juana.—La verdad: mi maldicion ha caido sobre la cabeza de la desobediente.

Vicente.—Qué ¿la ha maldecido usted?

Juana.—Si: [*Con fuerza.*]

Vicente.—Apártese usted, señora; su vista me horroriza: no es usted madre, no; una madre no maldice jamás a sus hijos, Concha era inocente, y ya no existe. Esa maldicion la ha matado.

Luisa.—¡Concha!

Ramon.—Esplícate, hijo mio; mi hija....

Vicente.—Iban los dos en el quitrin de Antonio... yo corría desalado....llegué a verlos....y en el mismo instante..la lluvia.. el viento....¡oh! el caballo rodó con el calesero, el carruage se hizo pedazos, la cabeza de mi hermana dió sobre las piedras....

Luisa.—¡Dios mio!

Ramon.—Tu maldicion, Juana! Eres el azote de todos nosotros: tu ambicion y tu soberbia han causado nuestra desgracia, y ahora ins-

piras horror a tu esposo y a tus hijos.

Juana. ¿Y luego? ¿Qué sucedió luego? ¿Donde está mi hija.

ESCENA IX.

Juana, Luis , Ramon, Vicente, Concha y Antonio, trae á aquella en sus brazos.

Antonio. [*Dejándola en el suelo.*]—Aquí, pero muerta. [*Cae desfallecido sobre su amada.*]

Ramon. [*Con fuerza.*]—Asesinada por ti, por tu injusta maldicion.

Juana.—¡Perdon, perdon!

Ramon.—Pídesele al cielo: el de tu familia no le obtendrás jamás.

Juana.-[*Dando un grito de angustia y cayendo desplomada.*] ¡Ah! (*El viento silba furiosamente: el ruido del agua ha ido en aumento*)

FIN.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.49
no.50